
LA DECLARACION DE MEXICO

Si nos viéramos obligados a enumerar los factores más significativos de la estructura internacional contemporánea, sin duda, el enfrentamiento entre las dos grandes potencias y sus bloques de poder, así como la desafortunada carrera armamentista, ocuparían un lugar preponderante.

Esta situación se configuró desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, cuando los países que habían combatido como aliados, se dividieron hasta conformar los dos campos del capitalismo y el socialismo, distintos y opuestos entre sí a causa de sus diferentes percepciones ideológicas, económicas, políticas y sociales y encabezados respectivamente por Estados Unidos y la Unión Soviética.

La búsqueda de la supremacía mundial y de la hegemonía en todos los ámbitos de la vida, llevó a pensar que la posesión de armas atómicas era el camino más seguro para alcanzar esos objetivos y evitar una posible aniquilación total.

Las terribles imágenes que surgieron de la destrucción de las unidades japonesas de Hiroshima y Nagasaki, por la explosión de armas atómicas, ni siquiera fueron tomadas en cuenta lejos de convertirse en elementos propicios para detener la insensatez del ser humano, sólo sirvieron para atisbar el posible futuro que nos espera en caso de estallar una guerra termonuclear.

Aun así, en el afán mutuo de asegurar la destrucción del adversario, se ha llegado a límites absurdos. Algunas cifras indican con claridad la situación en la que nos hallamos inmersos, incluso en contra de nuestra voluntad: en el mundo existen armas nucleares suficientes para destruir

entre 20 y 23 veces el planeta tierra; a cada habitante del mismo le corresponden cuatro mil kilos de dinamita; el gasto militar —calculado hacia 1984— alcanza los 800 mil millones de dólares, cantidad suficiente para resolver los problemas de la deuda externa de prácticamente todos los países del llamado Tercer Mundo o para enfrentar con éxito los desafíos que plantean la insalubridad, el analfabetismo, la falta de vivienda y el hambre.

¿Han servido estos datos para que las grandes potencias lleven a cabo políticas diferentes, que les permitan mayores niveles de acercamiento y, en consecuencia, disminuir sus presupuestos militares, a fin de dirigirlos hacia otros sectores que los necesitan más? Lamentablemente la respuesta es negativa. Todos los días somos testigos de las escaramuzas desatadas por los círculos gobernantes de cada una de las potencias, para demostrarse, mutuamente, que tienen el potencial necesario para asegurar su destrucción. Empeñados en esta política de disuasión por el terror, aumentan con frecuencia las tensiones internacionales y nos acercan paso a paso al holocausto nuclear, dicho sea todo esto sin ningún afán de dramatizar los hechos.

Frente a un cuadro de esta naturaleza en el que ya nadie es dueño de su propia existencia, condenado como se está a sufrir los rigores de la guerra, aun sin participar en ella, surgió la iniciativa del Grupo de los Seis para frenar la loca carrera armamentista y lograr acuerdos internacionales que eviten, que, ya sea por un accidente o porque un grupo de políticos y científicos desquiciados considere posible ganarlo, se desate un enfrentamiento bélico termonuclear.

El Grupo de los Seis, también conocido como grupo de Nueva Delhi, está integrado por México, Tanzania, Argentina, Suecia, Grecia y la India. Quedó constituido el 22 de mayo de 1984, al emitirse una declaración de los jefes de Estado y de Gobierno que lo conformaban en donde expresaban la obligación que consideraban tener, como representantes de países miembros de la ONU, en la adopción de medidas constructivas para detener y dar marcha atrás a la producción de armas nucleares, así como para facilitar un convenio entre los Estados que las poseen. Al mismo tiempo se hacía un llamado a la opinión pública internacional para que apoyara las actividades de los gobiernos involucrados en la lucha contra la proliferación nuclear.

Posteriormente y sobre esta base, los jefes de Estado y de Gobierno firmantes de la anterior declaración se reunieron el 28 de enero de 1985 en Nueva Delhi, para ratificar sus postulados y urgir a las grandes potencias a tomar medidas efectivas en torno al desarme nuclear, como son las negociaciones bilaterales “sobre el conjunto de cuestiones relativas a las armas espaciales y nucleares”. En esa ocasión se subrayó el peligro

en que se halla el porvenir de todos los pueblos y se expresó la preocupación de los Estados no poseedores de este tipo de armamento por el virtual peligro que implicaría una guerra nuclear.

Según sus propias palabras,

casi imperceptiblemente durante las últimas cuatro décadas, cada nación y cada ser humano ha perdido el control sobre su propia vida y su propia muerte. Un grupo reducido de hombres y máquinas puede decidir, desde ciudades lejanas, nuestro destino. Cada día que vivimos es un día de gracia, como si la humanidad fuera un condenado que se encuentra en la celda de la muerte esperando el momento incierto de su ejecución y como todo sentenciado inocente, se rehusa a creer que la ejecución puede tener lugar. (*)

El deseo de que en 1985 empezara a prevalecer la esperanza sobre el terror, sellaba la declaración de Nueva Delhi. Sin embargo, como ello daba pocos visos de convertirse en realidad, los jefes de Estado y de gobierno convinieron en reunirse nuevamente en Ixtapa, México. Esta vez, sin embargo, no estarían presentes ni Indira Gandhi de la India, ni Olof Palme de Suecia, ambos asesinados por fanáticos nada ajenos al ambiente de violencia imperante en toda la sociedad internacional.

De la reunión de Ixtapa surgió la "Declaración de México", para muchos observadores, más radical y enérgica que las precedentes, puesto que ahora se habla con toda claridad del poco o nulo respeto al derecho internacional, de la impunidad con que se pisotean los derechos de las naciones más débiles, de la flagrante violación a los tratados, sobre todo por los países poderosos. Igualmente, se reitera el llamado a la Unión Soviética y a Estados Unidos para que reinicien el diálogo sobre el control mutuo de sus armas atómicas y se planteen medidas concretas de control y verificación. Por ejemplo, se propone instalar una red de estaciones detectoras de ensayo e inspecciones *in situ*, conformada por expertos de las superpotencias, del Grupo de los Seis y de otras naciones.

Otra novedad en esta declaración, es la relación establecida, por primera vez, entre armas y economía, se alude aquí a los enormes despilfarros en armamentos y a la miseria que padecen millones de personas en el mundo, así como a los peligros que representa para la paz mundial un ambiente de pobreza y desesperanza económica.

A partir de lo anterior, el grupo manifiesta en Ixtapa la necesidad de transferir recursos de los gastos militares al desarrollo económico y social y expresa nuevamente la necesidad de que las grandes potencias es-

(*) "Declaración de Nueva Delhi" en *Comercio Exterior*, Marzo de 1985, p. 247.

cuchen los continuos llamados para cesar la carrera armamentista y reanudar el diálogo que parecía haberse iniciado en 1985.

Como se vé, hasta ahora los avances del Grupo de los Seis no han sido ni muchos, ni frecuentes, ni espectaculares pero sí han marcado una línea de dignidad y han abierto una puerta a la esperanza. A todos aquellos que desalentados, pesimistas o cínicos, opinan que las propuestas de este tipo no sirven para nada, porque lo imperante en las relaciones internacionales es la política de poder y la capacidad de decisiones de las grandes potencias, debe recordarse que ésta no es una situación fatalmente determinada y que, aunque pocos, los países débiles tienen márgenes de maniobra que permiten emprender tareas encaminadas a dignificar el trato que reciben y a hacer escuchar sus voces en todos los foros internacionales.

Si las futuras generaciones pueden vivir sobre nuestro planeta, se deberá a iniciativas como las del Grupo de los Seis, a pesar de todas las contradicciones internas que cada uno de esos países pueda padecer. Dos ejemplos indican que los esfuerzos no han sido inútiles. En primer término, la moratoria nuclear unilateral declarada por la Unión Soviética desde agosto del año pasado, que en cierto modo puede considerarse una respuesta al reclamo del Grupo de los Seis, y en segundo, el reciente discurso de Ronald Reagan ante la Asamblea de las Naciones Unidas, en donde por vez primera hizo una propuesta a los soviéticos, para detener por un tiempo determinado —siete años— el proyecto de la “guerra de las galaxias”.

México, por su parte siempre ha pugnado porque los conflictos suscitados en las relaciones internacionales se resuelvan de manera pacífica. Frente a los embates en contra de los tradicionales organismos internacionales como la ONU, México ha optado por un multilateralismo reducido, tendiente a resolver problemas mucho más concretos. Primero fue Contadora, en un intento por encontrar solución a los graves conflictos de Centroamérica. Enseguida, el país se comprometió, al lado de los otros integrantes del Grupo de los Seis, a luchar para alcanzar medidas que, al menos, atenúen los peligros de una guerra termonuclear.

Por ello es factible afirmar, a propósito de la reunión de Ixtapa, que este estilo de entablar relaciones multilaterales, constituye el sello distintivo de la actual política exterior mexicana en el cual se concentran sus más firmes valores.

Pedro González Olvera

Declaración de México*

* Tomado de *El Nacional*, agosto 8, 1986.